

Comentarios Generales

Sobre la Primera Lectura (Sabiduría 6, 13-17)

El Autor sagrado nos habla de cuán fácil es hallar a Dios si de verdad se le busca:

— Por personificación literaria identifica con Dios uno de sus atributos, la «Sabiduría», y dice de ella: «Fácilmente la contemplan los que la aman y la encuentran los que la buscan. Se anticipa a darse a conocer a los que la anhelan. Quien madrugare por ella no se fatigará, pues a su puerta la hallará sentada» (12-14).

— La teología elaborará estas ideas y podrá iluminar con ellas su tratado de la gracia «preveniente». Dios se anticipa a nosotros en el amor. Toda iniciativa salvífica parte de El. Cuando nosotros le buscamos es porque ya su amor nos está acosando. Esta gracia de Dios a toda hora está buscando y llamando a los hombres, a todos los hombres: «Ella misma va por todas partes buscando a los que son dignos de ella; se les muestra benévola en los caminos y les sale al encuentro en todos sus pensamientos» (16). «La Sabiduría clama por las calles, por las plazas alza su voz: A vosotros, hombres, os llamo; para los humanos es mi voz» (Prov 1, 20; 8, 2). De ahí el deber nuestro de prestar oído atento, docilidad y disponibilidad a esta llamada de amor de Dios: «Pues su principio (de la Sabiduría), el más seguro es el deseo sincerísimo de ella; preocuparse por ella es amarla» (17). El orgullo se cierra a la llamada de Dios. La humildad la acoge siempre.

— Jesús nos habla también de esta acción proveniente de Dios. Jamás hallaríamos el camino salvífico si Dios no se anticipara con su gracia: «Nadie puede venir a Mí si el Padre que me ha enviado no lo trae» (Jn 6, 44). San Pablo nos dirá: «Es Dios quien por su benevolencia obra en vosotros así el querer como el ejecutar» (Flp 2,13). Deber nuestro es corresponder atentos y agradecidos a un amor que siempre nos busca y nos previene: «Amemos a Dios, ya que El nos ama primero» (1 Jn 4, 19).

Sobre la Segunda Lectura (1 Tesalonicenses 4, 12-17)

San Pablo aclara a los Tesalonicenses diversos puntos sobre la Parusía de Cristo y la resurrección de los hombres:

— El cristiano, al revés del pagano, vive en fe y esperanza: Cree y espera el retorno glorioso de Cristo (Parusía). Cree y espera la resurrección de todos los muertos (13-14).

— Por tanto, los Tesalonicenses no tienen por qué entristecerse por sus familiares muertos antes de la Parusía. Los muertos en la fe del Señor vivirán con Jesús y vivirán un día con nosotros. Dios, que es Dios de vivos, Dios

viviente, resucitará a cuantos se durmieron en la fe de Jesús (14): *In quo nobis spes beatae resurrectionis effulsit. ut, quos contristat certa moriendi conditio, eosdem consoletur futurae immortalitatis promissio. Tuis enim fidelibus, Domine, vita mutatur, non, tollitur, et dissoluta terrestris hujus incolatus domo, aeterna, in caelis habitatio comparatur.*

— Por tanto, un destino final nos reunirá en el Reino de la Vida. Pero ni siquiera deben acongojarse por quienes mueran antes de la Parusía del Señor. Pues de esta epifanía gloriosa de Cristo seremos por igual testigos los coetáneos de ella y los que murieron en tiempos precedentes. Pablo les asegura como doctrina que él ha recibido del Señor que ninguna ventaja llevarán unos a otros: «Porque el mismo Señor, dada la voz de mando por el arcángel que hará sonar la trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán. Luego nosotros, los vivos, los que quedamos, juntamente con ellos, seremos arrebatados sobre nubes hacia el encuentro del Señor en los aires. Y así siempre más estaremos con el Señor. Por tanto, consolaos mutuamente con estas palabras» (17-18). Por tanto, los muertos resucitados y los vivos revestidos de inmortalidad forman una única categoría en la Parusía. Forman con igual gloria y en la misma hora el cortejo triunfante del Mesías Rey y Juez. Y tras juzgar con El al mundo van a gozar eternamente la presencia gloriosa, íntima, personal de Cristo (18). Y «hasta que el Señor venga» (=Parusía en Gloria, cfr 1 C 11, 26) celebraremos la Eucaristía que es su Parusía en velos de fe. ¿Nos halla el Señor vigilantes, dóciles, fervorosos?

Sobre el Evangelio (Mateo 25, 1-13)

Jesús en una parábola alegórica nos deja insuperablemente expresada la lección de la vigilancia:

— Los diferentes rasgos de la parábola cumplen una función de símbolo y de enseñanza: El Esposo es Cristo y la Esposa los cristianos, la Iglesia. En la etapa primera de Iglesia peregrina en la que hay cristianos prudentes e imprudentes, justos y pecadores; y en la etapa final de Iglesia glorificada: los que serán dignos de entrar en el banquete eterno.

— De ahí la necesidad de estar siempre en vela, siempre dispuesto para la llegada del Esposo. Esto significan las lámparas encendidas. Al igual que la llegada del Esposo a medianoche indica la llegada imprevista e inesperada del Mesías Juez: «Vendrá el Señor en el día que menos espera y a la hora que no sabe» (24, 50). Siempre debemos estar en vela, prestos a presentarnos a juicio: «En vela; pues no sabéis ni el día ni la hora» (13).

— Con esto la venida de Cristo se traslada a la hora de la muerte de cada uno. Hora que tiene tanto de próxima como de incierta. Esta superposición de planos, el individual y el universal, acerca tanto la Parusía o llegada del Esposo, que cuando leemos los discursos escatológicos de los Evangelios o las exhortaciones de los Apóstoles nos da la impresión de que el Señor está a la puerta y de que su Parusía se nos viene encima. A más de que a todo lo

largo de la Era Mesiánica militante, Cristo realiza su continua Parusía en fe y amor y debemos estar muy atentos a la misma. El retorno final de Cristo Juez en nada cambiará la sentencia que recibiremos en nuestro primer encuentro con El al morir.

*Aviso: El material que presentamos está tomado de José Ma. Solé Roma (O.M.F.), *'Ministros de la Palabra'*, ciclo 'A', Herder, Barcelona 1979.